POSIBILIDAD Y PROBABILIDAD

El infinito, la taza y el origen del archivador

Desde el infinito y la taza hasta la superposición interna

PRÓLOGO: EL ORIGEN DEL PENSAMIENTO

Estaba pensando. Primero pensé sobre los universos, la posibilidad de otro yo, cómo sería eso. Me resonaron muchas cosas, pero no dirí lo primero que pensé, porque después desarrollé otra cosa partiendo de ese pensar. Lo ordenaré así: primero el desarrollo, luego lo que pensé, porque como que inició en un campo y vi todos los procesos. Primero hablaré de algunos de los procesos de ese campo.

El camino resultó ser más vasto que la pregunta original.

I. EL INFINITO Y LA TAZA: EL NACIMIENTO DE LA DISTINCIÓN

Se partió de una premisa aparentemente simple: infinito = infinitas posibilidades. Si el infinito es real, entonces todo lo que puede ocurrir, ocurre en algún lugar o en algún momento.

Pero entonces surgió el problema de la taza.

Una taza sobre una mesa. ¿Qué impide a esa taza estar en cualquier otra posición de la mesa? Si hay infinitas posibilidades, la taza debería poder aparecer en cualquier punto. Pero no lo hace.

La primera respuesta tentadora fue: "es por la baja probabilidad". Pero esa respuesta no resiste el análisis. Una probabilidad del 1% frente al 99% no impide que el 1% ocurra, y de hecho ocurre múltiples veces. Si la taza se mantiene estable en su lugar, no es cuestión de suerte ni de magnitudes probabilísticas. Es porque algo la condiciona.

Llegó así el primer descubrimiento: la posibilidad puede estar condicionada. Es infinita posibilidad condicionada.

Y al estar condicionada, deja de ser posibilidad pura. Se vuelve algo distinto: algo calculable. Algo que puede ser medido, predicho, modelado. Porque al ser condicionada no es posibilidad (al menos no exclusivamente): ahora se vuelve calculable, por ende ahora es probabilidad, no potencialidad ni posibilidad.

La taza se mantiene ahí no porque dependa de posibilidad ni potencialidad, depende de las condiciones de la taza y no potencialidad y posibilidad que la convierten en probabilidad.

La probabilidad es, por tanto, posibilidad bajo condiciones:

leyes dinámicas (gravedad, inercia)
estado inicial (posición actual, velocidad cero)
posición en el campo (sobre la mesa, no en el aire)
red causal (relaciones con otras entidades que la mantienen donde está)

Y las condiciones implican tiempo, porque actúan a través de procesos, y los procesos requieren duración.

II. POSIBILIDAD PURA Y PROBABILIDAD: DOS REINOS DISTINTOS

De esta reflexión emergió una distinción ontológica fundamental:

Posibilidad pura	Potencialidad	Probabilidad
Atemporal	Temporal	
Incondicionada	Condicionada	
No requiere proceso	Requiere proceso	
No es calculable	Es calculable	
Emergente en el mismo	Derivada de condiciones	

La posibilidad pura es el espacio lógico de lo que podría ser, independientemente de cuándo, dónde o cómo. No depende de condiciones. No requiere procesos. Es atemporal.

La probabilidad surge cuando la posibilidad entra en condiciones. La probabilidad es posibilidad bajo condiciones, bajo historia.

Lo importante: la posibilidad pura no desaparece cuando surge la probabilidad. Sigue existiendo como trasfondo. Pero lo que llamamos "realidad" —la taza, el yo, el mundo— pertenece al reino de lo probable, no al de lo posible puro.

Por eso la posibilidad y potencialidad, al ser emergentes y no estar condicionadas en el mismo a un campo, no tienen procesos ni condición, por eso son atemporales. Pero la probabilidad sí implica tiempo, como la taza o el parecido a ti de otro universo.

III. EL CAMPO Y EL ENTORNO

Para entender cómo opera esta distinción, fue necesario introducir el concepto de campo.

El campo es la totalidad de lo existente. No es solo el universo observable, ni solo lo que podemos percibir. Es el conjunto de todo lo que es: todos los universos, todas las dimensiones, todas las configuraciones que realmente existen.

Dentro del campo, cada ente ocupa:

una configuración (su estructura interna)
una posición (su ubicación en el espacio-tiempo)
una red de relaciones (sus conexiones causales con otros entes)
una trayectoria temporal (su historia)

Cambiar cualquiera de estas modifica la identidad numérica del ente. Dos configuraciones idénticas en distintos puntos del campo no son el mismo ente: son el mismo patrón en posiciones distintas. Estructura no equivale a identidad.

El entorno de un ente no es solo lo que percibe. Entorno es todo aquello que, estando en el mismo campo, puede afectarlo o puede ser comprendido por él.

El entorno no dice "mi alrededor", dice entorno. Por ende, toda la existencia que no tengamos conciencia de cosas no implica que no estén.

Un hombre en Japón y un hombre en México no se perciben mutuamente, pero comparten el mismo entorno (la Tierra, el sistema solar, el universo). Del mismo modo, un ser en otro universo, si existe, comparte el mismo campo que cualquier otro ser, y por tanto es parte de su entorno —aunque esa parte sea inaccesible, imperceptible, remotísima.

IV. EL YO COMO PROCESO DE ARCHIVO

Aplicando este marco al "yo", se definió qué constituye la identidad personal.

El yo no es una sustancia. No es un alma ni una esencia inmutable. El yo es un proceso. Específicamente, es:

Un narrador: el proceso de archivar constantemente la experiencia. No es la memoria como almacén, sino el acto mismo de registrar, integrar y mantener continuidad narrativa. El narrador es el hecho de archivar constantemente.

Una posición: el punto específico en el campo desde el cual se experimenta. Esa posición es irrepetible. Lo que me hace ex primero mi entendimiento en proceso, narrador, y mi entorno.

Una historia: la cadena ininterrumpida de experiencias que han condicionado el presente.

Un entorno: todo lo que, estando en el campo, puede entrar en el archivo (sea por percepción directa o por comprensión).

El yo es, por tanto: posición + historia + entorno + archivo en curso. La identidad personal es la continuidad de ese proceso narrativo a través del tiempo. Sin continuidad narrativa, no hay identidad personal.

V. EL OTRO YO EXTERNO: UNA IMPOSIBILIDAD LÓGICA

Con esta definición, se abordó la pregunta original: ¿es posible encontrar a otro yo en otro universo?

Pensé en el encuentro de yo con otro yo, en posibilidad. Allí dije: no es de posibilidad. ¿Por qué? Eso sí es imposible.

El razonamiento fue el siguiente:

Si existe otro universo, ese otro universo ya implica no otro yo. ¿Por qué? Porque incluso la posición implica "otro". Ese otro universo forma parte del campo. Por tanto, cualquier ser en ese universo es parte del entorno del yo —igual que el hombre en Japón es parte del entorno del hombre en México.

Ese ser, por muy similar que sea al yo, no comparte sus condiciones:

Ocupa otra posición en el campo
Está insertado en otra red causal
Tiene otra trayectoria temporal
Su narrador archiva otra historia

Aunque su configuración fuera idéntica (misma memoria, mismo cuerpo, mismos pensamientos en un instante dado), seguiría siendo otro, no otro yo.

El otro yo sería parte del mi entorno. Igual que con la taza: si la taza cambia de lugar, o si hay otra taza de otro universo, eso implicaría que no es la misma taza realmente. Sería otra igual, pero no aplica lo de "esta taza".

La identidad requiere la cadena ininterrumpida de condiciones que constituyen el proceso narrativo. Esa cadena es única e irrepetible porque está imbuida a una posición en el campo.

Por tanto, el "otro yo" externo es una contradicción en los términos: en el momento en que puede ser definido como "otro", ya ha dejado de ser "yo". La única manera seria un universo superpuesto al mío que cuando se desprenda de mi salga otro yo, pero incluso ahí, en ese instante, dejaría de ser otro yo y pasaría a ser alguien más, por posición, por pensamiento, por entendimiento, etc.

La probable es encontrarte con alguien parecido a ti, pero eso no es muy lejano: incluso en el planeta ya es probable.

VI. LA SUPERPOSICIÓN ORDENADA: LOS INFINITOS SUPERPUESTOS

Antes de la ruptura, antes de que ocurra cualquier desfase, los infinitos universos están superpuestos en orden. No se que sean muchos: son una unidad compleja. Como infinitas fotos tuyas, idénticas, una encima de la otra. Como infinitos videos iguales superpuestos. Están en el mismo lugar, ocupan el mismo espacio, pero no se mezclan. No hay conflicto, no hay otredad. En la posibilidad pura hacha capas de existencia.

En ese estado de superposición ordenada, no hay multiplicidad en acto. Hay unidad que contiene en el mismo la posibilidad de la multiplicidad, pero sin actualizarla. Es el trasfondo atemporal donde el cual todo puede emerger, pero aún no lo ha hecho.

VII. LA RUPTURA Y LA BIFURCACIÓN: EL INSTANTE LÍMITE

Cuando ocurre una condición —un desfase, una incertidumbre, una decisión— el campo se rompe. Los universos que estaban superpuestos en orden comienzan a separarse. Es como si las fotos se despegaran, como en ese capítulo de Rick y Morty donde la discusión de Morty y Summer genera ka realidades que se muestras como cuadrículas, cada una con su propio tiempo.

En el instante cero de la separación, hay dos seres con la misma memoria, la misma historia, el mismo archivo. Podría decirse que ambos son "yo". Ese instante es el único momento donde la palabra "otro yo" tiene algún sentido. Porque no hay distancia espacial, no hay diferencia temporal, el archivo narrativo es el mismo.

Pero solo dura un instante.

En el instante uno, cada uno comienza su propio tiempo. Cada uno archiva una experiencia diferente. Cada uno inicia una cadena de condiciones distinta. Adquiere su propia posición, aunque sea mínimamente diferente. Y desde ese momento, deja de ser "yo" para convertirse en "otro". La identidad requiere continuidad ininterrumpida de condiciones, y la separación rompe esa continuidad.

Por eso, incluso en este escenario límite, el "otro yo" es inaprensible. En el momento de querer nombrarlo, ya es otro.

VIII. LA SUPERPOSICIÓN INTERNA: UNIVERSOS PERO EN SÍ MISMA

Hasta aquí, el análisis se había centrado en lo externo: otros universos, otros seres, otros puntos del campo. Pero surgió entonces una posibilidad diferente, la única donde la multiplicidad de yoes no implica alteridad radical.

Esa posibilidad es la superposición interna: múltiples "yoes" coexistiendo en el mismo punto del campo, compartiendo el mismo sustrato físico, la misma historia documentada, el mismo cuerpo.

El ejemplo más claro es el de las múltiples personalidades. En este fenómeno:

Hay un mismo campo: un cerebro, un cuerpo, una biografía compartida.
Hay múltiples procesos narrativos, cada uno con su propio ritmo, su propia memoria parcial, su propia forma de archivar.
Están superpuestos, no separados espacialmente.
Emergen según condiciones internas (disparadores, traumas, contextos).

Esto es lo que se llamó "una superposición de universos pero en sí misma". La fórmula condensa la idea revolucionaria: la multiplicidad no requiere universos paralelos externos; los universos paralelos pueden estar superpuestos en un mismo punto. El "en sí misma" es el campo unificador que los contiene a todos.

Las características de esta superposición interna son:

Mismo campo, mismo patrón: un cerebro, un cuerpo, una historia biográfica compartida.
Superposición, no separación: los distintos "yoes" coexisten en el mismo espacio, emergiendo según condiciones internas.
El archivar se mantiene en el sustrato: aunque cada personalidad tenga su propia experiencia, comparten un mismo soporte de registro.
Tiempos internos diferenciados: cada personalidad puede tener su propio ritmo vivencial, su propia acumulación de experiencia.

IX. EL PROBLEMA DE LA DISTINCIÓN: ¿PSICOLÓGICO O MULTI-UNIVERSAL?

En esta superposición interna, surge una pregunta irresoluble: ¿qué es psicológico y qué es multi-universal?

La dificultad es inherente al fenómeno. Para poder trazar la distinción con claridad, se requeriría dos condiciones que no se dan:

Que no hubiera desfase: que todas las personalidades o universos internos tuvieran pleno conocimiento de todas las demás.
Que todas supieran de todas en el mismo: conocimiento mutuo y completo dentro del mismo patrón.

Pero lo que ocurre, incluso en el mejor de los casos, es que cada uno se desarrolla en su propio tiempo. Cada "yo" interno tiene su propio ritmo, su propia velocidad de procesamiento, su propia acumulación de experiencia. Aunque compartan el mismo sustrato, sus líneas temporales internas divergen.

Esto crea un territorio intermedio donde la distinción se vuelve indecidible:

Si todos supieran de todos y se desarrollaran en sincronía, sería un sistema psicológico complejo pero unificado: una mente expandida con múltiples perspectivas integradas.

Si ninguno supiera de ninguno, serían universos internos completamente aislados: casi almas separadas cohabitando el mismo cuerpo por azar.

Pero la realidad de la superposición interna, tal como se manifiesta en la experiencia humana (y no solo en casos extremos), es un híbrido: cada versión interna tiene su propio tiempo, su propio grado de conciencia de las otras, su propia memoria parcial. Esto es a la vez multi-universal (por la incomunicación y la divergencia temporal) y psicológico (por el sustrato compartido).

La indecidibilidad no es una limitación cognitiva temporal. Es un límite estructural del acceso: toda experiencia está mediada por un único flujo fenomenológico accesible en cada momento. No hay un punto de vista externo desde el cual observar la superposición completa.

Desde dentro, la distinción puede ser indecidible porque no hay criterio interno definitivo que permita distinguir "fragmentación cognitiva" de "bifurcación ontológica". La indecidibilidad surge del límite del acceso.

X. EL PRINCIPIO DE ASIMETRÍA

Este análisis permitió formular el principio de asimetría, que es la piedra angular de todo el sistema:

El yo es el proceso que archiva.

Todo lo demás —incluidos duplicados estructurales, otros seres, otros universos— solo puede aparecer como contenido archivado.

En el momento en que algo puede ser encontrado, pensado o comprendido, queda del lado del objeto, nunca del lado del sujeto.

Por tanto, un "otro yo" es imposible en sentido fuerte. No porque no pueda existir un patrón idéntico al yo en otro punto del campo. Sino porque, en el momento en que ese patrón se relaciona con el yo (es percibido, pensado, encontrado), se convierte en contenido, y el contenido no puede ser el archivador.

La relación misma destruye la posibilidad de identidad.

Esto se cumple en todos los casos:

El otro yo de la infinitud de universos nunca fue candidato: siempre estuvo en el entorno, siempre tuvo su propio tiempo, siempre fue posible de ser entendido. Por tanto, siempre fue otro.

El otro yo de la ruptura fue candidato por un instante, pero en el instante siguiente ya es otro, y ese instante es inaprensible.

El otro yo de la superposición ordenada ni siquiera es "otro": es parte de una unidad compleja, posibilidad latente, no actualizada.

La asimetría es insalvable: lo archivado no puede ocupar el rol del archivador.

XI. CONCLUSIÓN: LA IDENTIDAD COMO ISLA

La posibilidad pura es atemporal. La probabilidad es posibilidad bajo condiciones. El yo es un proceso narrativo continuo. La identidad depende de continuidad causal y archivo. La estructura no agota la identidad. La duplicación rompe continuidad. La coincidencia se vuelve entorno. Lo archivado no puede ser archivador.

No puede haber encuentro con otro yo. Puede haber duplicados estructurales. Puede haber bifurcaciones. Puede haber superposiciones funcionales.

Pero el acto mismo de relación convierte al otro en otro.

La identidad es continuidad narrativa indexada a una posición irrepetible en el campo. Esa posición nunca puede duplicarse ni dejar de ser la misma.

Uno calculable, medible y en tiempo: probabilidad.
Otro atemporal: posibilidad o potencialidad.

EPÍLOGO: EL PENSAMIENTO GUARDADO

Al inicio de todo esto, dije que había un primer pensamiento sobre el multiverso y el otro yo, pero que no lo revelaría porque primero desarrollé el camino que ese pensamiento abrió.

Ahora, al final del tratado, puedo decir cuál fue ese pensamiento inicial.

Fue simplemente esto: la posibilidad de encontrarme con otro yo me hizo preguntarme qué sentiría. Y lo que sentí en la imaginación fue una mezcla de fascinación y extrañeza, como si algo en mí supiera que eso no podía ser.

Esa intuición visceral era correcta. El desarrollo posterior demostró por qué: porque el encuentro mismo, en el momento de ocurrir, convertiría a ese otro yo en otro. La emoción que sentí era la conciencia anticipada de la asimetría.

El pensamiento guardado no era un concepto. Era una emoción conceptual: el presentimiento de que la identidad es una isla, y que incluso si hubiera otra isla idéntica, el mar que las separa las haría para siempre distintas.

En expansión.